

Diócesis de Barbastro-Monzón

*«Envío Dios a su Hijo, nacido de mujer,
para rescatar a los que se hallaban
bajo la ley»*

(Gal 4, 4-5)

*Santificar la vida, el trabajo
y la escasez de cada día*

*«Tener propicio a Dios y escaso el pan»
(Liturgia de las Horas)*

4

Cuarta Semana de Cuaresma

Comenzamos orando

En la fiesta de San José, esposo de María, la Iglesia reza el siguiente himno que nos descubre una nueva faceta de la familia de Nazaret:

Porque fue varón justo,
le amó el Señor,
y dio el ciento por uno su labor.

Humilde magisterio
bajo el que Dios aprende:
¡que diga, si lo entiende,
quien sepa de misterio!
Si Dios en cautiverio
se queda en aprendiz,
¡aprende aquí la casa de David!

Sencillo, sin historia,
de espalda a los laureles,
escalas los niveles
más altos de la gloria.
¡Qué asombro hacer memoria,
y hallarle a tu ascensión
tu hogar, tu oficio y Dios como razón!

Y, pues que el mundo entero
te mira y se pregunta,
di tú cómo se junta
ser santo y carpintero,
la gloria y el madero,
la gracia y el afán,
tener propicio a Dios y escaso el pan.

¿Fue Jesús de buena familia?

A veces, para ponderar la calidad de algunas personas, se dice que son «de buena familia». Con esta expresión no sólo se reconocen sus buenas cualidades morales, sino que casi siempre se quiere indicar el prestigio social y la envidiable situación económica de esas familias.

En este sentido no podemos decir que Jesús fuese «de buena familia». El himno litúrgico con el que hemos iniciado esta reflexión cuaresmal así lo reconoce. Al referirse a José, cabeza de la familia de Nazaret donde Jesús *progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres*, dice de él que fue hombre

«sencillo, sin historia,
de espalda a los laureles»,

aunque por su bondad y justicia llegase a escalar

«los niveles
más altos de la gloria».

Parece ser que el bueno de José, descendiente de la casa y familia de David, familia real por excelencia para el pueblo judío, fue uno de esos parientes pobres o venidos a menos que siempre hay en las buenas familias. Tenía que vivir él y su familia del trabajo de sus manos, un trabajo de artesano hábil en el ramo de la madera.

No podemos menos de asombrarnos al caer en la cuenta de que la mayor dignidad, mérito o nobleza que José puede exhibir ante el pueblo cristiano y ante el mundo entero es haber cuidado de su familia, trabajar para mantenerla y encontrar en Dios moti-

Tener propicio a Dios...

vacación y apoyo para sacar adelante el esfuerzo diario que daba sentido a su vida: «tu hogar, tu oficio y Dios como razón», tal como dice el himno litúrgico.

Llegados a este punto, hay que tener el valor necesario para que cada uno se haga una pregunta insidiosa: si yo hubiera podido escoger la familia en la que iba a venir al mundo, ¿hubiera pensado en una familia con tan poco lustre como la de Nazaret? También se puede formular la pregunta de otro modo: ¿qué modelo de familia quiero para mis hijos, una familia en la que prime el afecto, la dedicación de unos a otros, el trabajo honesto, la educación..., o una familia con prestigio social y buena posición económica?

Pero antes de responder conviene que no olvidemos que el resultado final de nuestros itinerarios familiares depende en gran medida de los valores a los que se ha dado verdadera importancia a lo largo del camino.

Aprendiz de carpintero

No es aventurado suponer que, en aquel progreso *en sabiduría, estatura y gracia*, que Jesús iba consiguiendo día a día en el seno de su familia, hay que incluir el aprendizaje de un trabajo manual que

... y escaso el pan

seguramente fue el mismo que ejercía José. Durante la mayor parte de su vida, Jesús vivió del trabajo de sus manos como artesano en Nazaret. Un oficio que aprendió, en el sentido propio de la palabra, de José. Para quienes reconocemos a Jesús como la cercanía de Dios a nuestra historia humana, el Hijo de Dios encarnado entre nosotros, no deja de ser ésta una nueva sorpresa. Dios aparece aquí sujeto a las pobres luces de un artesano de pueblo.

Por muy hábil carpintero que fuera José, ¿quién se atrevería a compararlo con el Creador? Y, sin embargo, el himno litúrgico nos anima a reconocer esta extravagancia divina:

«Humilde magisterio
bajo el que Dios aprende:
¡que diga, si lo entiende,
quien sepa de misterio!»

... y a aplicarnos la lección:

«Si Dios en cautiverio
se queda en aprendiz,
¡aprende aquí la casa de David!»

Después de considerar estos hechos, ¿cómo no aplicarnos nosotros a entender qué ha pretendido enseñarnos Dios con su *encarnación*? Pero antes, hagamos un canto al trabajo diario y una súplica para que seamos capaces de vivirlo con la conciencia de que, por medio de nuestro trabajo, colaboramos con Dios en su obra creadora continuada a lo largo de la historia:

Alfarero del hombre, mano trabajadora
que, de los hondos limos iniciales,
convocas a los pájaros a la primera aurora,
al pasto, los primeros animales.

Tener propicio a Dios...

De mañana te busco, hecho de luz concreta,
de espacio puro y tierra amanecida.
De mañana te encuentro, Vigor, Origen, Meta
de los sonoros ríos de la vida.

El árbol toma cuerpo, y el agua melodía;
tus manos son recientes en la rosa;
se espesa la abundancia del mundo a mediodía,
y estás de corazón en cada cosa.

No hay brisa, si no alientas, monte, si no estás dentro,
ni soledad en que no te hagas fuerte.

Todo es presencia y gracia. Vivir es este encuentro:
Tú, por la luz, el hombre, por la muerte.

¡Que se acabe el pecado! ¡Mira, que es desdecirte
dejar tanta hermosura en tanta guerra!
Que el hombre no te obligue, Señor, a arrepentirte
de haberle dado un día las llaves de la tierra. Amén.

(Liturgia de las Horas)

Tener propicio a Dios y escaso el pan...

Un refrán de nuestra tierra dice que «con agua clara poco crece el río». Y la gente lo utiliza para advertir que es más rápido enriquecerse con negocios turbios que con el trabajo honrado. La oración que nos sirve de guía en esta ocasión también nos hace caer en la cuenta de que no fue éste el caso de la familia de Nazaret. En ella el trabajo fue verdadero camino de santificación. Quien ora

... y escaso el pan

con este himno pregunta a José, cabeza de aquella familia:

«di tú cómo se junta
ser santo y carpintero,
la gloria y el madero,
la gracia y el afán,
tener propicio a Dios y escaso el pan.»

Estas cinco líneas son el resumen precioso de una espiritualidad cristiana apta para todo cristiano laico, llamado a santificarse «tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales». Éste es, precisamente, el camino que señalaba el último Concilio para la santificación de los laicos.

La familia de Nazaret fue ejemplar a la hora de unir el amor a Dios con el trabajo profesional —«ser santo y carpintero»—; mediante el trabajo bien hecho y vivido *como vocación*, es decir, como respuesta a la llamada de Dios para servir más que para servirse de la profesión, es como se logra la santidad. La familia de Nazaret nos anima a embarrarnos en todos los trabajos y servicios, por humildes que sean, sin que se nos caigan los anillos:

«di tú como se junta
la gloria y el madero»

Ella es guía para encontrar el necesario equilibrio entre la confianza en el Padre Dios (para quien valemos mucho más que los pájaros) y la llamada a responsabilizarnos seriamente del trabajo y de la vida

«di tú como se junta
la gracia y el afán»

Y, sobre todo, es impulso que nos sostiene en una vida auste-

Tener propicio a Dios...

ra e incluso pobre, sin echarle la culpa a Dios por la mala suerte que hemos tenido:

«tener propicio a Dios y escaso el pan».

En la familia de Nazaret palpamos el misterio de la encarnación de Dios con toda su crudeza. Allí es donde tenemos la sensación de que Dios ha dejado de ser Dios para hacerse «uno de tantos»; y que esto lo ha hecho por amor a los hombres, para estar cerca de cada uno de nosotros, para vivir nuestros gozos y esperanzas, nuestras tristezas, angustias y carencias, enseñándonos a afrontarlas de un modo nuevo, de un modo que conduce a la vida eterna.

Si nuestra familia es capaz de mirar con cariño a la familia de Nazaret y pedirle que nos ayude a «imitar sus virtudes domésticas y su unión en el amor», llegaremos «a gozar de los premios eternos en el hogar del cielo» (Oración de la Misa de la Sagrada Familia). Terminemos con una plegaria que podemos convertir en oración familiar al comienzo de cada jornada; nos ayudará a vivir cada día con un ánimo parecido al que sostuvo a la familia de Nazaret:

Buenos días, Señor, a ti el primero
encuentra la mirada
del corazón, apenas nace el día:
tú eres la luz y el sol de mi jornada.

... y escaso el pan

Buenos días, Señor, contigo quiero
andar por la vereda:
tú, mi camino, mi verdad, mi vida;
tú, la esperanza firme que me queda.

Buenos días, Señor, a ti te busco,
levanto a ti las manos
y el corazón, al despertar la aurora:
quiero encontrarte siempre
en mis hermanos.

Buenos días, Señor, resucitado,
que traes la alegría
al corazón que va por tus caminos,
¡vencedor de tu muerte y de la mía!

(Liturgia de las Horas)



Guía para orar durante la Cuaresma

Para la cuarta y quinta semanas de Cuaresma

*Del 22 al 28 de marzo
y del 29 de marzo al 4 de abril*

Buscar la santidad en la vida diaria.

«La santidad no es algo reservado a algunas almas escogidas; todos, sin excepción, estamos llamados a la santidad».

«Vivid con valentía vuestra vida personal, aun cuando os parezca insignificante. La gran maestra de la vida insignificante, Teresa de Lisieux, en sus pocos años de vida, nos enseñó la grandeza que pueden tener ante Dios las actividades insignificantes, normales».

«Existe, por un lado, la santidad llamativa de algunas personas; pero también existe la santidad desconocida de la vida diaria».

«La santidad consiste, primeramente, en vivir con convicción la realidad del amor de Dios, a pesar de las dificultades de la historia y de la propia vida».

«La santidad consiste, además, en la vida de ocultamiento y de humildad: saberse sumergir en el trabajo de cada día, pero en silencio, sin ruidos de crónica, sin ecos mundanos».

(Textos escogidos del papa Juan Pablo II)

Leer la Palabra de Dios

En la cuarta semana podemos leer el capítulo 6 del Evangelio según san Juan. La eucaristía es el verdadero alimento de la vida cristiana: da fortaleza en las luchas y actividades de cada día, y nos compromete-

te a vivir para los otros.

En la quinta, los capítulos 13 y 15 del Evangelio según san Juan. Si vivimos unidos a Jesús, tendremos vida para siempre.

Palabras para orar

Dios de la paz,
dame la gracia del silencio
y de la soledad del corazón
en medio de los torbellinos
y los ruidos que llena mis días.
Concédeme reposar
en el corazón de tu Corazón
sin cesar de darme por tí.

(Catalina de Hueck)

Desde toda la eternidad, Señor,
conoces los pormenores de mi existencia y destino;
en el bautismo me confirmaste en tu amor
y me diste esta fe que me guía
por un camino de felicidad.

Has derramado sobre mí tus dones
como abundante lluvia fecunda.
Tus dos brazos —misericordia y perdón—
han estado siempre abiertos
cuando he caído o me he extraviado.

Ahora te pido luz,
la luz que tanto necesito
para saber lo que quieres de mí
y para poder cumplirlo.

Tener propicio a Dios...

Sea cual sea el sendero
dame tu gracia y ayuda
para seguirlo hasta el final
sin desfallecer ni abandonar
con total entrega, como tu Madre.

Aquí me tienes, Señor, ante ti:
que tu sabiduría y amor
me acompañen en el camino
para que ayude a otros a conocerte
y así yo mismo me acerque más a ti,
hasta que un día, definitivamente,
permanezca contigo para siempre. Amén.

Escucha los lamentos de la tierra,
el gemir de los hermanos marginados,
el dolor de los tristes y enfermos,
la petición de auxilio de los maltratados.

Queremos convertirnos a ti,
vivir atentos a los hermanos,
saliendo al encuentro de sus necesidades
y luchar, junto a ellos, por mejorar el mundo.

No nos dejes vivir tranquilos,
en este bienestar que hemos creado,
que con sus ruidos nos tapa los gritos
de todos los que no tiene una vida digna.

Haznos trabajadores de tu mies,
exquisitos en el amor y en la justicia,
valientes y osados en la denuncia.
Quédate a nuestro lado amando a todos.